

NATURALEZA DEL CONOCIMIENTO HUMANO. EL SIGNIFICADO DE LA ABSTRACCION EN SANTO TOMAS

III

LA ABSTRACCION

1. De los datos sensitivos al conocimiento intelectual

Todo el problema del conocimiento se reduce, según ya advertimos antes, a cómo se une el conocimiento sensitivo con el intelectual, indispensables ambos para una verdadera aprehensión de la realidad.

Porque sin conocimiento sensitivo no hay aprehensión inmediata o intuitiva de la realidad trascendente. Y sin conocimiento intelectual no se llega a la aprehensión del ser trascendente formalmente tal.

Hemos visto en la Segunda Parte de este trabajo los errores sobre el conocimiento humano, cómo provienen principalmente de atenerse ya sólo al conocimiento espiritual de la inteligencia con prescindencia o desmedro del conocimiento sensitivo —racionalismo en sus diversas formas—; o de atenerse al solo conocimiento sensitivo con desmedro o negación del conocimiento intelectual, como esencialmente superior al de los sentidos —empirismo en sus diversas formas, positivismo y neoempirismo lógico matemático.

El intento de unir ambos conocimientos por Kant fracasó por reducir la actividad intelectual a un formalismo vacío de ser objetivo. La fenomenología de Husserl fue la que más se aproximó a la verdadera solución, pero no llegó a ella por desconocer la abstracción y haber querido unir los conocimientos sensitivo e intelectual como intuitivos.

En todos estos sistemas, de extremo espiritualismo o de extremo empirismo con el formalismo kantiano y la fenomenología de Husserl, lo que falta y los ha llevado a no aprehender la verdadera realidad del conocimiento es haber desconocido la abstracción.

Porque la verdadera solución del problema consiste en unir la intuición sensitiva, la aprehensión inmediata de la realidad trascendente con la de-velación del ser trascendente formalmente tal por el concepto.

Y esta vinculación de los dos conocimientos que conducen a la aprehensión auténtica del ser trascendente por el concepto intelectual desde los datos de la intuición sensitiva, únicamente puede lograrse por la abstracción de la inteligencia del ser trascendente dado en los datos sensitivos, pero oculto en ellos por la materia. Mediante la abstracción que toma el ser formalmente tal del dato sensitivo, sin la materia individual que lo oculta, la inteligencia llega a la de-velación y aprehensión inmediata del ser trascendente, bien que sin las notas individuantes, con las cuales se unirá luego mediante el juicio.

2. El conocimiento intelectual supone y se apoya en el conocimiento sensitivo

La inteligencia humana no posee ideas innatas. Como dice Aristóteles y repite Santo Tomás, la inteligencia es "tanquam tabula rasa, in qua nihil scriptum est", "es como una tabla rasa en la cual no hay nada escrito".

El origen de las ideas surge desde el conocimiento sensitivo "nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu", "nada hay en el entendimiento que no haya pasado primero por los sentidos" (Aristóteles y Santo Tomás).

Esto no quiere decir, como interpreta el empirismo de Locke, que el entendimiento no haga más que reproducir los datos de los sentidos, agruparlos, separarlos o combinarlos entre sí pero sin superarlos.

Este principio de Aristóteles, repetido por Santo Tomás, quiere decir que el entendimiento humano no tiene ideas innatas o infusas por Dios o contempladas en una preexistencia, como quiere Platón, sino que las adquiere mediante los datos de la intuición sensitiva, de donde las extrae, pero como objeto formal propio y con las cuales aprehende formalmente el ser trascendente, esencialmente superior e irreductible al objeto de los sentidos, en los cuales el ser está dado, pero sin ser aprehendido formalmente tal, oculto por la materia.

Henos ya frente al problema de cómo la inteligencia toma su objeto formal, el ser inmaterial o espiritualizado, de los datos sensitivos que son materiales: cómo pasa del dato sensitivo material al concepto espiritual, en el cual se aprehende formalmente el ser u objeto trascendente desde las notas esenciales del ser, la "quidditas rei materialis", "la esencia o notas esenciales del ser material".

3. Doble causa instrumental

El instrumento es una causa subordinada a la causa eficiente principal, que actúa bajo el influjo de ésta. El instrumento coadyuva con la causa principal de dos maneras: 1) ya modificando la materia sobre la cual actúa la causa principal. Así un cuchillo o un tenedor ayuda a la causa principal a cortar o a pinchar, el instrumento encauza la acción de la causa principal —la fuerza de la mano en este caso— a un determinado modo de obrar. 2) En segundo lugar el instrumento puede actuar modificando directamente la acción de la causa principal. Así en el cine la película modifica directamente la luz, que es la causa principal, la cual al pasar a través de ella, toma sus imágenes, sin modificarlas, y las hace luminosas y visibles de oscuras que eran.

4. La elaboración de la "species impressa" o imagen espiritual del objeto sensitivo

Este segundo tipo de instrumento es el que ejerce la imagen sensitiva de la imaginación —el "phantasma"— sobre el entendimiento agente o activo. Este no es un entendimiento para entender, sino para iluminar espiritualmente el objeto de la imagen sensitiva, sin modificarlo, para que pueda ella actuar sobre la inteligencia espiritual, que es la que entiende.

El entendimiento agente, dice Aristóteles, es como una "luz" que despoja a la imagen sensitiva de la materia, que oculta en su potencia el ser, y lo hace espiritual e inteligible en acto, al prescindir de la materia. El objeto inicial de la

intuición sensitiva, reproducido por la imaginación, pasa a existir en el acto espiritual del entendimiento agente, sin perder ni modificar sus notas objetivas, llega a existir espiritualmente, despojado de sus notas materiales individuantes, que impiden su inteligibilidad en acto. Este objeto, ya existente en acto espiritual, inteligible en acto, al estar despojado de la materia es la species impressa, es decir, el objeto espiritualizado o iluminado por un acto espiritual del entendimiento agente, y capaz ya de determinar al entendimiento para que lo aprehenda y con él entienda.

El entendimiento agente ejerce una actividad a priori, pero no en el sentido kantiano, que transforma el fenómeno en objeto, sino que simplemente ilumina o hace inteligible en acto el objeto de la imagen sensitiva —sin modificarlo en nada— que era inteligible sólo en la obscuridad de la potencia, por la materia que impedía su acto o inteligibilidad. El a priori de la actividad del entendimiento activo confiere transparencia o acto inteligible al objeto material de los sentidos, al darle existencia espiritual. El entendimiento agente, pues, no modifica para nada el objeto, simplemente lo hace existir en un acto espiritual, que pone en acto su inteligibilidad, que estaba obscurecida en la potencia por la materia de la imagen sensitiva. El ejemplo del cine viene al caso: la figura oscura de la película no es cambiada por la luz, sino simplemente iluminada, colocada en acto visible. Es lo que en el plano espiritual realiza precisamente el entendimiento agente o función espiritualizadora de la imagen sensitiva, que traslada el objeto de la imagen, sin modificarlo en sí mismo, a un acto espiritual, en que logra objetividad en acto y puede así determinar a la inteligencia espiritual para conocer.

Como la materia sellada por la cantidad es el principio de individuación, al perder su materialidad, sin perder sus notas esenciales, el objeto, en la imagen espiritual o species impressa, resulta el mismo, pero abstracto, no individual.

Por eso, la inteligencia humana no posee intuición del objeto concreto, al que aprehende inmediatamente de un modo abstracto —en su esencia, sin las notas individuantes—. Maritain afirma que se puede llamar a esta aprehensión una “intuición abstractiva”, un conocimiento inmediato del objeto sin sus notas concretas individuales.

La species impressa o determinación objetiva espiritual no es un medio en el cual —in quo— se entiende, sino sólo un medio por el cual —medium quo— el entendimiento llega a aprehender el objeto, llega a entender.¹

¹ Los averroístas han interpretado que el entendimiento agente de Aristóteles es único y común para todos los hombres. Desde fuera de la inteligencia individual, la ilumina con su objeto, pero él no pertenece al hombre, está por encima de él. Esta interpretación no se ajusta a la verdadera naturaleza del conocimiento humano. Este debe tener en sí mismo todo lo necesario para entender. No es posible que la inteligencia humana llegue a entender con un entendimiento ajeno que está fuera de ella. Toda esta interpretación es enteramente arbitraria y como tal inadmisibles. De aquí que la explicación de Santo Tomás que hemos dado en este trabajo, es la única que se ajusta a la verdad y a sus exigencias, sea cual haya sido realmente el pensamiento de Aristóteles. En todo caso la interpretación de Santo Tomás además de ser la única coherente y ajustada a la realidad del conocimiento, se ajusta al texto de Aristóteles. Rolfest, uno de los mejores intérpretes de Aristóteles, sostiene que la interpretación tomista expresa el verdadero pensamiento de Aristóteles. En todo caso es la única admisible para explicar adecuadamente el acceso del entendimiento al objeto intuitivamente dado en los sentidos.

Toda la actividad del entendimiento agente para realizar las especies impresas y ésta misma son inconscientes, llegamos a conocerlas como exigencias necesarias para explicar cómo el objeto material de la fantasía se espiritualiza y se hace inteligible en acto y capaz, por eso mismo, de determinar al entendimiento espiritual y hacerlo capaz de aprehender el objeto trascendente.

5. De la species impressa a la species expresa o concepto

Inteligible en acto en la imagen espiritual o species impressa del entendimiento agente, el objeto es capaz de determinar al entendimiento pasivo, a la inteligencia, de modo que, fecundada espiritualmente por él, ella es capaz de dar a luz el concepto, lo concebido, y aprehender en él —medium in quo— el objeto trascendente, que ha podido llegar a él, gracias a su espiritualización y puesta en acto realizados por el entendimiento agente en la species impressa. De este modo las notas esenciales del objeto han llegado a determinar a la inteligencia.

La species impressa no conoce, es el medio indispensable para que la inteligencia pueda aprehender su objeto, el ser trascendente, es decir, pueda entender, es un medio mediante el cual (quo) la inteligencia llega a entender.

El entendimiento activo sólo hace existir en un acto espiritual el objeto trascendente, desde la imagen sensitiva, y con él determina —por eso es species impressa— y fecunda objetivamente al entendimiento para que entienda.

Ya determinado por el objeto trascendente espiritualizado, en acto espiritual de la species impressa, el entendimiento produce la species expresa o el concepto —concebido por el acto de entendimiento, fecundado por la species impressa o imagen espiritual del objeto— en el cual —in quo— aprehende y conoce el objeto real trascendente. Porque el concepto es un acto subjetivo y objetivo a la vez. Es el acto del entendimiento, en el cual existe el objeto tomado de la imagen sensitiva, pero espiritualizado, hecho inteligible en acto.

Por eso en el concepto hay que distinguir claramente dos aspectos, el subjetivo: un acto espiritual del entendimiento, y otro objetivo: es el objeto presente en él y en el cual —in quo— la inteligencia aprehende o alcanza el objeto real trascendente. La riqueza espiritual del acto de entender, como ya lo hemos advertido antes, contiene existencia para el propio acto subjetivo de entender y para conferirla al objeto presente en él por la species impressa. Es lo que llama Maritain la "superexistencia" o riqueza de existencia del acto de entender, que posee existencia para su propio acto subjetivo y existencia para dar cabida en él a otro ser distinto de él, que es el ob-jectum.

Volvemos al tema de la intencionalidad, esencial al acto del conocimiento, especialmente intelectual, como lo han subrayado Santo Tomás y Husserl. En el mismo acto de entender —fecundado objetivamente por la imagen espiritual, la species impressa del objeto— están intencionalmente identificados sujeto y objeto, pero como realmente distintos.

El concepto o species expresa es, por eso, un medio consciente, en el cual —in quo— está presente, como distinto del acto inteligente, el objeto real trascendente. No se trata de una identidad real de sujeto y objeto, sino de una dualidad real dada en el seno del mismo acto consciente de entender. Esto es

precisamente la intencionalidad, constitutiva y esencial del acto de entender y donde sujeto y objeto, realmente distintos, están presentes en el mismo y único acto de entender. "Intelligens in actu es intellectum in actu", "el entendimiento en acto es lo entendido en acto", dice Santo Tomás refiriéndose a la identidad intencional, que cubre una dualidad real de sujeto y objeto en la unidad del acto cognoscente.

6. El Intelectualismo Realista

El concepto aprehende inmediatamente el ser u objeto trascendente. Lo entendido —el objeto— es lo primero que capta el concepto. Sólo por reflexión capta el concepto subjetivo o acto de entender. Lo primero que se conoce es el objeto entendido, y luego, volviendo sobre el acto, se aprehende el sujeto inteligente.

Esta aprehensión inmediata del objeto o del ser trascendente es una verdad evidente por sí misma. No se puede separar el sujeto del objeto. El conocimiento, sobre todo el intelectual, es una realidad intencional esencialmente tal.

Plantear el problema del conocimiento del siguiente modo: cómo sé que a mi entendimiento responde un objeto, es deformar el conocimiento, porque no hay acto de entender sin la presencia en él del objeto. Este planteo llamado del "puente" entre sujeto y objeto, falsea la realidad del concepto en el planteo mismo del problema: separa el sujeto del objeto, identificados intencionalmente en el acto de entender.

Por eso, el Intelectualismo Realista es una verdad evidente por sí misma. Pero se puede demostrar indirectamente. Directamente no se puede demostrar, porque sólo la inteligencia sería capaz de hacerlo, y habría que suponer ya que la inteligencia es capaz de conocer la verdad.

Pero el valor de la inteligencia para conocer la verdad no necesita demostración. Porque cualquier intento para demostrar que la inteligencia carece de valor para conocer la verdad o ser trascendente, o que pone en duda tal valor, no se puede formular siquiera sin el valor objetivo de la inteligencia. Porque si la inteligencia es capaz de probar que ella es incapaz de conocer la verdad, de aprehender el ser trascendente o dudar del mismo, tal negación o duda no tiene valor si la inteligencia no es capaz de conocer la verdad. Por eso, negar o poner en duda el valor de la inteligencia es contradictorio.

Pero el valor de la inteligencia para conocer la verdad no necesita demostración, según lo dicho antes, se puede mostrar el valor de la inteligencia para aprehender el ser trascendente, por un análisis del concepto, que en la intencionalidad de su acto incluye el sujeto con el objeto trascendente.

7. El Juicio

El concepto aprehende el ser o realidad trascendente, pero no afirma ni niega nada de él. Por eso, es indispensable para aprehender el ser o verdad trascendente, pero no basta. Así, si digo "hombre", "animal", "mesa", son conceptos objetivos; pero con ellos solos no conocemos la realidad. Es menester devolverlos e integrarlos con ésta mediante el juicio. Vg. "Juan es hombre" o "el hombre es un animal racional".

El juicio es la operación central del conocimiento humano porque en él el sujeto llega a ver la conformidad de la realidad con el concepto. En verdad, todo juicio explícita o implícitamente incluye el sujeto: vg. "yo aprendo que el hombre es un animal racional". El concepto del predicado es reintegrado al sujeto en la contemplación de la inteligencia o del sujeto. Y en esto consiste precisamente la aprehensión de la verdad: ver la identidad del concepto del predicado con la realidad del sujeto.

El hombre no posee intuición intelectual, no capta con sólo la inteligencia conceptual la realidad, precisamente porque no es un espíritu puro. Es un animal racional, compuesto substancial de alma y cuerpo. El alma es una substancia espiritual incompleta, que necesita del cuerpo para captar intuitivamente con los sentidos la realidad trascendente material inmediata. Pero los sentidos intuyen el ser trascendente material, sin develarlo formalmente como ser, según dijimos ya antes. A través de la abstracción la inteligencia aprehende con el concepto el ser trascendente, pero despojado de sus notas individuantes.

El juicio suple la intuición intelectual, la aprehensión directa del ser real, propia de las substancias completas espirituales o puros espíritus —los ángeles—. El juicio vuelve a unir el ser trascendente del predicado o del concepto con la realidad concreta, de donde fue abstraído. En ese acto es cuando el hombre propia y estrictamente conoce, aprehende la identidad del concepto objetivo con el ser real existente.

En el juicio se une el carácter intuitivo de los sentidos con el ser del concepto abstracto, formalmente aprehendido por él, pero sin las notas individuales: una intuición compuesta que suple la intuición simple de los puros espíritus.

En esta contemplación de la identidad del ser del concepto con la realidad concreta, el sujeto cognoscente tiene conciencia de sí y de esta aprehensión de la realidad. Por ejemplo: "Veo o comprendo que Juan es hombre". Es decir que en el juicio no sólo se aprehende la identidad del concepto con la realidad en que consiste la verdad, sino que el sujeto toma conciencia de esta verdad.

Por eso, los primeros son juicios de existencia, vg.: "Juan es hombre", "esto es una mesa". La inteligencia ve la identidad del contenido conceptual —predicado— con la realidad concreta; y eso es precisamente la aprehensión de la verdad, la posesión intelectual de la realidad trascendente en la mente. La conjunción de la sensación con el concepto en el juicio hace posible esta aprehensión de la realidad trascendente concreta en que consiste la verdad.

Luego la inteligencia, con la ayuda de la experiencia y del raciocinio, va extendiendo sus conocimientos, descubre las notas esenciales —vg.: "Los ángulos de un triángulo valen dos rectos"—. Y más tarde, mediante el principio analítico de causalidad llega a conocer las realidades estrictamente espirituales, como la esencia de la propia inteligencia, de la libertad y del alma espiritual, y logra alcanzar el conocimiento del mismo Ser en sí y necesario de Dios, como Causa primera de todo ser contingente y finito. En todos estos pasos la inteligencia siempre avanza sobre la aprehensión del ser trascendente.

En el fundamento de todos estos conocimientos, están los juicios iniciales de existencia de la realidad material. Porque el objeto formal de la inteligencia

—lo que “per se primo attingit intellectus”— es la “quidditas rei materialis”, “la esencia de las cosas materiales” (Santo Tomás): el concepto de las esencias materiales, que a su vez no pueden aprehenderse sin el acto de ser, ya que no son sino modos o capacidades de ser. El ser es un trascendente, sin cuya presencia no tiene sentido ni la esencia ni el acto de entender.

Todo otro ulterior conocimiento, aun el de los objetos espirituales, tiene su fundamento en estos primeros conceptos y juicios de los entes materiales. De aquí que la realidad espiritual se llegue a conocer por la abstracción de las notas materiales.

8. La inteligencia y el ser trascendente

Lo importante es subrayar que desde aprehensión del ser trascendente por el concepto objetivo, a través de la intuición sensitiva, que se pone en contacto directo, sin intermediarios, con el ser real, la inteligencia está siempre en posesión del objeto real trascendente inicialmente existente y más tarde con las esencias, que no existen, pero son capaces de existir.

Gracias a esta unión de sensación intuitiva y concepto intelectual, mediante la abstracción, en el juicio la inteligencia aprehende conscientemente la realidad y se posesiona de la verdad. Insertada en el ser trascendente desde el comienzo de sus primeros conceptos, todos los ulteriores pasos de la inteligencia, rectamente deducidos, dados en la evidencia sobre él, tanto en su ampliación como en su profundidad, van avanzando sobre él en su conquista.

Sin la posesión del ser trascendente la inteligencia no puede actuar con su actividad esencialmente intencional. Comienza con los conceptos unívocos del ser predicamental —sustancia, cualidad, cantidad, relación, hábito, ubicación, situación, tiempo, acción y pasión— luego asciende, mediante conceptos análogos, al ser trascendente con sus propiedades identificadas con él, que en el estado puro se identifican con el Ser imparticipado, con el Ser de Dios.

Aun en la penumbra de los conceptos análogos, la inteligencia no se desprende del ser trascendente; y aunque al Ser en sí lo alcance con los conceptos inicialmente tomados de la realidad material, con conceptos imperfectos en cuanto al modo de expresarlo, lo aprehende sin deformarlo en su auténtica realidad trascendente. La imperfección no afecta a la realidad aprehendida del objeto, sino sólo al modo imperfecto de aprehenderlo.

Todo el recorrido de la inteligencia en las ciencias, sobre todo en la Filosofía y máxime en la Metafísica, es conquista sucesiva del ser, un enriquecimiento incesante con la posesión progresiva del ser, en su esencia y acto de ser, hasta llegar al Acto puro del Ser de Dios.

De aquí que, como en hermosa y precisa frase se expresa Santo Tomás: “Intellectus quodammodo fit omnia”, “el entendimiento de alguna manera se hace intencionalmente todas las cosas”. Por la identidad intencional con el objeto, la inteligencia se posesiona y enriquece con el ser trascendente de todas las cosas: se identifica intencionalmente con todo ser. Nada hay, pues, que no caiga bajo el dominio de la inteligencia, desde que ella es capaz de aprehender el ser en cuanto ser, que abarca toda la realidad creada e increada.

Lo cual no quiere decir que la inteligencia conozca perfectamente todas las cosas y menos desde un principio que no haya cosas que se ocultan a su mirada. Precisamente porque su objeto formal propio, lo que "per se primo attingit", "lo que primeramente alcanza", es la "quidditas rei materialis", "la quiddidad o esencia de las cosas materiales", a medida que se aleja y eleva sobre tal objeto formal —sin dejar de estar siempre en posesión del ser trascendente— su conocimiento es más imperfecto, en cuanto al modo de aprehender —no en cuanto a su aprehensión misma— su objeto.

La inteligencia aprehende el ser en todo su ámbito, aunque de un modo imperfecto en cuanto al modo de aprehenderlo en los niveles que superan los seres imperfectos finitos o predicamentales, es decir, cuando alcanza los objetos trascendentales: ser, verdad, bondad, unidad y belleza, que en sí no encierran imperfección y se identifican y, en suprema instancia, son el Ser en sí infinito y omniparfecto de Dios, y sólo son aprehensibles con conceptos análogos.

Además, como la inteligencia, en posesión del ser, avanza por la experiencia y el raciocinio para formular nuevos juicios y conocer con ellos nuevos objetos o nuevas facetas de los mismos, la conquista y posesión del ser trascendente, ya en el plano científico, ya en el plano filosófico, es inagotable.

La inteligencia es capaz de conocer todas las cosas de una manera comprensiva o en general, pero no cada cosa en particular. Por eso su labor de conocimiento del ser trascendente es inagotable.

9. El Intelectualismo Realista de Santo Tomás

Este Intelectualismo se ubica entre dos extremos falsos: el Intuicionismo y el Agnosticismo.

Se trata de un Intelectualismo que se posesiona del ser trascendente en todos sus niveles, pero no de una manera intuitiva —propia de Dios y de los puros espíritus— sino abstractiva. Mediante la unión de la intuición sensitiva y el concepto objetivo, logrado por abstracción de los datos de aquella intuición, en el juicio aprehende el ser o realidad trascendente, no intuitivamente sino "dividendo et componendo", por abstracción y composición de los conceptos "predicados" con el sujeto.

Pero esta aprehensión abstractiva de la realidad está lejos de ser un agnosticismo. Se trata de una aprehensión o posesión inmediata del ser real trascendente, logrado por la colaboración de la sensación y del entendimiento —propia del hombre, compuesto substancial de cuerpo y alma— en el juicio, a través de la abstracción de los conceptos.

Sin llegar a la intuición, el juicio la suple imperfectamente, logra la aprehensión inmediata del ser trascendente de la manera explicada, a través de la abstracción de los datos de la intuición sensitiva devueltos a ésta. Ni Intuicionismo ni Agnosticismo, sino Realismo Intelectualista o Intelectualismo Realista moderado.

(Continuará)